

ÍNDIX

COORDINACIÓ:
ANGEL-VICENTE UMBERT
ANTONIO MÉNDEZ RUBIO
Pàgs.

EDITORIAL	11
JOSEP-VICENT LORCA/Poemes	13
JOSÉ MARÍA IZQUIERDO/ La isla de los muertos	15
MATEO GAMÓN/Fotografías	17
PEDRO J. DE LA PEÑA/Los desamantes	27
SANDRO PENNA/Versión de ANTONIO SERRANO	31
MIGUEL ROMAGUERA	33
STEVE HURRELL/Dibujos	38
LUT SOLER/Poemes	41
RAFAEL CAMARASA/Poemas	43
LUIS ESCOBEDO/Fotografías	49
COSTAS CARIOTAKIS/Versió de JESÚS CABEZAS	53
PACO CONTRERAS/Dibujo	56
ANA ISABEL ROMAGUERA/Poemas	59
RAFA GOMAR/La isla de los muertos	61
MIGUEL MAS/De la misma materia que la luz	67
JAVIER PIÑOL/Dibujos	75
JAN DAU MELHAU/Versió de PERE JESSÓ	79
MANUEL GARCÍA I GRAU/Poemes	91
JOSÉ MIGUEL ARNAL/El Hospital de pobres	95
JUAN RIUS/Fotografías	97
ADILIA LOPES/Versión de JOSÉ MANUEL DA SILVA	101
CARLOS HUESO/Dibujo	110
MANEL PÉREZ I SALDANYA/Poema	111
ANTONIO MÉNDEZ RUBIO/Poemas	113
ISIDRE MARTÍNEZ I MARZO/Poemes	117
ROSA DOLZ/Historieta	121
GERARD MIQUEL/Historieta (fragmento)	123
FERNANDO GANDÍA/Dibujos	136
JUSTO RODRÍGUEZ/Historieta	139

Nº 2
300 ptes.

ANY II

VALÈNCIA, 1988

LA ISLA DE LOS MUERTOS SOLITARIOS

"Lo mejor que uno puede hacer cuando está en este mundo es salir de él. Loco o no loco, con o sin miedo."

(L. F. Celine, *Viaje al fin de la noche.*)

Lo encontraron tendido en un pequeño claro del parque. Su cuerpo, rodeado por los tilos de tan inesperado jardín, era un mero bulto en la noche. Nadie reconoció, en su rostro, la firme alegría del desesperado. Nada hacía pensar en un pasado digno de un nombre. Su estrafalaria aparición, como cuerpo que se torna materia inerte, no produjo ningún comentario que supusiera el homenaje. Su raída ropa, su enmarañada cabellera enfundada en un gorro de lana, su incalificable chaquetón de marinero perdido en el hastío de una "calma chicha", y aquella rojiza boquilla para los cigarrillos liados por una mano diestra en casi todo salvo el amor.

Caen las hojas de los arces que cubren la retirada de los jóvenes e inhabituales tilos, y una ligera brisa se eleva en las colinas lejanas. Todo apunta a un cerrarse en la lógica del que fue navegante en la noche. Nada escapa a la coherencia de una vida centrada en la realización de esta última puesta en escena.

Aquellos "tristalegres" días de mayo, cuando la primavera anunciaba la belleza de la próxima ciudad del desierto. Con la mirada seca, la boca seca, los rasgos del rostro secos y un desesperado deseo de escapar siempre en dirección recta. Siempre ajenos al movimiento del sol, nunca pendientes de una luna sólo apenas vislumbrada en alguna turbia borrachera. Y llegar, y tener la certeza de ser los personajes anónimos de algún cuento mentiroso del sur y esperar atentos mientras los ojos buscan la salida más próxima...

Lo encontraron en aquel claro del bosque, donde una pequeña fuente refuerza su anonimato municipal, en la arboleda de los viejos arces. Fue un buen final, con un hermoso paisaje como escenario de su última jugera. Sé que él deseaba terminar en alguna cuneta, el automóvil y su cráneo destrozados contra un árbol de desconocida tipología. En un momento de inextricable soledad escuché su deseo de despeñarse motorizadamente en una carretera secundaria, desapareciendo en su privada y particular hoguera de queroseno. Nunca quiso hablarme de su vida, aunque lo hacía constantemente. Era como aquel tipo de la brigada Lincoln que tenía su casa repleta de carteles de una guerra hecha de canciones. Recuerdos, decía; el pasado, comentaba... Toda su experiencia congelada, pensaba yo.

Lo encontraron en aquel bosquecillo de tilos, y un viejo poema se escuchaba en mi recuerdo. Mi viejo amigo...

Hacía ya diez años que no acudía a sus citas. Diez años que no correteaba con él en mayo. Mayo, siempre mayo. Hacía diez que no respiraba, a remolque, las mismas brisas de aquel penúltimo viajero. Diez primaveras sin sentir el viento entrar por la ventanilla derecha de su camioneta. Y después, una llamada en la noche. Y un escueto mensaje: "Acuda mañana a las ocho, (siempre tan puntual) a la comisaría del distrito".

Y allí, la visita del pasado en forma de cuaderno de notas. Y entre las hojas cosidas, algunas sueltas y en ellas mi dirección, la de mis padres, y el deseo de que yo recogiera y conservara, si alguna vez se perdía en el camino, aquel limpio y cuidado diario.

Sí, era él. Era lo que quedaba de sus viajes. Paisaje, sólo paisaje. Y estaban aquellos tilos y la fuente que no cesaba de manar y los arces y su whisky de maíz y las cervezas heladas. Sí, allá estaba, sin su auto estrellado, con los ojos cerrados aunque todo en él era mirada. Con su cuerpo enflaquecido por la edad y el rostro marcado por un último estremecimiento de mayo.

No te asustes, viejo amigo. Poco importa que no ardieras en la noche...

Hoy entierran a Max. Conseguí el cuaderno apelando a mi condición académica. Afirmé que, en realidad, no sabía quién era. No me hice cargo de aquel cuerpo que vivió con la esperanza de una muerte anónima.

"No, no conozco al fallecido, será algún borracho, algún vagabundo..."

Y entonces te dejé, sabiendo tu destino.

Hay un pequeño islote en la bahía. La tierra es fértil y el aire acaricia la hierba. La costa del lado este se quiebra en forma de acantilado sobre el Atlántico. El lado oeste es una playa bordeada por el verde cambiante de los arces. Toda ella es un cementerio. La tierra, la última tierra de los que vivieron en el anonimato. De los desconocidos y de los que gozaron de la soledad de mayo.

Algunos la llaman "la isla de los muertos solitarios".